



nes. El senado romano, en otro tiempo tan virtuoso y austero, en vez de castigar á los que así se entregaban á la rapacidad y al escándalo, solía premiarlos con ovaciones, y graduaba la gloria ó el talento de cada pretor por las riquezas que llevaba. Los honores triunfales se compraban á peso de oro. Escipion Násica, que correspondiendo á la gloria de su nombre, se habia conducido con pureza y desinterés, pidió dinero á Roma para proseguir la guerra de España. «¿Pues qué, le respondió irónicamente el senado, se han agotado ya las minas de ese país?» De creer es que no habria sido tolerancia de parte del senado, sino complicidad tambien y participacion en la presa. De tal modo se adulteran las instituciones más venerables cuando se corrompen los hombres. Así eran tan codiciadas las pretorias de España, pero así se dificultaba tambien su conquista, porque no era posible que sufrieran los españoles tanta impudencia y tanta inmoralidad.

Sempronio Graco se dedicó á reparar en lo posible los desmanes de sus predecesores. Condióse como guerrero con prudencia y humanidad; ganó como gobernador reputación de desinteresado y probo. Ningun pretor habia penetrado tan al Norte como él; su comportamiento predispuso á muchos pueblos á aceptar su amistad, entre ellos Numancia, ciudad considerable y capital de los pelendones. No lejos de ella estaba Illurcis, á la cual hizo agrandar y fortificar, y en ella estableció sus reales y la hizo el centro de sus operaciones (1); llamóse desde entónces Gracchuris, hoy Agreda. Prorogó el senado por un año más la pretura al padre de los Gracos, que á favor de su sistema blando y suave para con los pueblos de España hizo esfuerzos para comunicarles y hacerles aceptar los principios é ideas de la vida civil de los romanos, é introducir en ellos una forma de gobierno y de administracion semejante á la de Roma. Pero faltóle tiempo para que su ensayo pudiera producir fruto, y el buen nombre que sus gestiones comenzaban á restituir á la república borráronle otra vez sus su-

(1) Monumentum suorum operum Gracchurim oppidum in Hispania constituit; dice Tit. Liv.

cesores, que volvieron al camino de las violencias y de los excesos.

Distinguióse entre ellos el que en 175 vino de pretor á la Tarraconense. Este hombre, que á su incapacidad unia la avaricia más sórdida, excedió á todos sus antecesores en las exacciones, en las estafas y en los robos. Llamábase Publio Furio Filon. Una sublevacion general de los pueblos fué la consecuencia de su desatentado proceder; sublevacion que alarmó á Roma, y la obligó á enviar á Appio Claudio con el título de procónsul y el encargo de apagar un fuego que se mostraba tan amenazador. Claudio logró en efecto aquietar, al ménos en apariencia, á los cien veces alterados celtiberos, vencidos muchas veces y sujetos nunca.

Una embajada de bien extraña naturaleza llegó por aquel tiempo de España á Roma. Del trato de los soldados romanos con las mujeres españolas, cuyos matrimonios prohibia el derecho latino, habian resultado más de 4.000 nacimientos. Los hijos de aquellos connubios ilegítimos solicitaron de Roma que como á hijos de romanos se les concediese una ciudad y tierras que habitar bajo la proteccion de las leyes de la república. El senado acogió su demanda, y concedió á los que de ellos estuviesen manumitidos la ciudad de Carteya junto al Estrecho de Gibraltar. Primera colonia romana que se fundó en territorio español, y que por la clase de sus habitantes se llamó Colonia de los Libertinos (1).

El camino se habia abierto; y á los dos años, bajo el gobierno de Marco Claudio Marcelo, que habia sucedido á Canuleyo, se estableció en Córdoba otra segunda colonia (169), que luégo se llamó Patricia, ó Colonia de los Patricios, porque embellecida con todo el refinamiento del lujo y de las artes, y circundada de casas de recreo, á que la naturaleza de su terreno y de su bello clima se prestaban maravillosamente, llegó á ser residencia de los más nobles patricios romanos.

Pero aún estaba lejana la época en que los ricos y voluptuosos romanos pudieran prometerse vivir con reposo en el fecundo suelo es-

(1) Liv. *ibid.*, c. 3.



pañol. Restablecidas para mal de todos á los cuatro años las odiosas preturas, renováronse tambien con más furor las sublevaciones y las guerras de parte de estos indomables habitantes. Era una cadena casi no interrumpida de porfiadas luchas, por ambas partes con vária fortuna sostenidas, cuadro monótono de horrores, de ferocidad, de desolacion y ruina, en que se veía de un lado un pueblo belicoso y noble, que engañado muchas veces y siempre explotado, se esforzaba por recobrar su independencia perdida, y de otra parte un pueblo obstinado en subyugarle por la fuerza, y que no obstante su superior civilizacion aventajaba en barbarie y ferocidad á aquellos mismos que llamaba bárbaros. Muchos españoles perecian en esta heroica contienda: Roma compraba tambien con la sangre de sus guerreros el oro que sacaba de España. No fatigarémos nosotros al lector con las relaciones de tantas batallas como llenan las columnas de Livio, de Apiano, de Polibio, de Floro y de otros historiadores latinos. Muchas fueron las que ensangrentaron los campos españoles, sin que ni los romanos lograran dominar más terreno que el que con sus plantas pisaban, ni los españoles aflojaran un punto en su tenaz resistencia.

Aunque el defecto capital de los indígenas en esta lucha de independencia era el aislamiento con que cada comarca ó region por sí la sostenia, vióse en el año 154 formarse una gran confederacion entre las naciones más enérgicas, resueltas y fogosas, celtiberos, vacceos, arevacos y lusitanos, cuya general conjuracion asustó ya á Roma, y la obligó á nombrar anticipadamente cónsules para el año entrante y enviar á Quinto Fulvio Nobilior con treinta mil hombres de las mejores tropas de la república, y con el gobierno de las dos provincias de España. Ni el cónsul ni su refuerzo intimidaron á los españoles. Esperáronle los celtiberos en una emboscada no lejos de Numancia, y acuchillaron las legiones consulares. El intrépido caudillo español, nombrado Carus, murió gloriosamente en la pelea (152). Habiendo llegado á poco tiempo trescientos caballos númidas y diez elefantes, que desde África enviaba á Fulvio aquel Masinisa, aliado tan constante de los

romanos, parecióle llegado el momento de tentar otro ataque, y fiado en el poder de sus elefantes se aproximó á Numancia, donde se habian retirado los españoles. Aquí tambien quedó derrotado el orgulloso cónsul: hasta los elefantes se volvieron contra él desordenando sus filas. Cuatro mil romanos y tres elefantes quedaron en el campo de batalla (1).

No conociendo Fulvio el país, recorríalo aturdido, no encontrando en él sino enemigos: desertábanse los españoles que obligados seguian sus banderas; humillábale la resistencia que encontraba en las ciudades; la de Occilis, depósito de armas y municiones de los romanos, abrazó la causa de sus compatriotas; agobiábanle el frio del invierno y la falta de provisiones; esperaba socorros y no venian. En tal situacion redújose á guarecerse en los atrincheramientos que habia levantado á algunas millas de Numancia, donde los españoles, conocedores del terreno y diestros en la guerra de montaña, no dejaban de molestarle continuamente.

Alzóse bandera en Roma para reclutar legiones de los que voluntariamente quisiesen alistarse para la guerra de España. Nadie se presentó á inscribir su nombre. Repugnaba la juventud romana venir á pelear con los fieros celtiberos. Como sepulcro de romanos era mirada esta tierra, y los soldados de Fulvio que acababan de volver de ella no hacian sino aumentar el pavor que ya inspiraba, contando y pregonando las fatigas y privaciones, los sustos y trabajos, los muchos peligros y reveses y el ningun reposo que ellos aquí experimentado habian con gente tan indómita y tenaz como era la de España. El mismo cónsul Láculo, nombrado para el gobierno de esta provin-

(1) Cuéntase que habiendo soltado Fulvio los elefantes, se precipitaron bruscamente sobre las filas de los españoles. A la vista de aquellas enormes masas vivientes, espantáronse los celtiberos y diéronse á huir. Repusieron luégo y habiendo un soldado acertado á herir con una piedra á uno de aquellos animales guerreros, revolvió furioso contra los romanos, siguieron los demas su ejemplo, y convertidos los elefantes de Masinisa de auxiliares en enemigos, desordenaron, atropellaron é hicieron correr las legiones romanas.



cia, andaba desesperado de no encontrar tribunos que quisieran seguirle. Presentóse en esto el jóven Escipion Emiliano, que correspondiendo al nombre glorioso de la ilustre familia que le había adoptado (1), pidió servir en la guerra de España en cualquier puesto que al senado le pluguiese señalarle. La inesperada resolución de este jóven, parecida á la que en una ocasion semejante había tomado sesenta años hacia su abuelo adoptivo, produjo un cambio súbito en los ánimos de aquella desalentada juventud, que con esto se apresuró á alistarse en la legion voluntaria.

Vino, pues, el cónsul Lúculo á la España Citerior, trayendo consigo como lugarteniente á Escipion Emiliano, y el gobierno de la Ulterior se encomendó en calidad de pretor á Sergio Galba. Llegaron éstos en ocasion que Marcelo había hecho paz con los numantinos, á condicion de que se separasen de los titios, belos y arevacos, y en que el pretor Atilio había destruido muchas ciudades de la Lusitania.

Penetra Lúculo apresuradamente en la Carpetania, pasa el Tajo y pone sitio á Cauca (hoy Coca, en la provincia de Segovia), ciudad que tenía fama de rica. Esto iba buscando Lúculo, que era hombre sin fortuna, y venia ávido de hacerla. Vencedores los cauceos en un encuentro, fueron en otro deshechos y obligados á aceptar la paz. Entregados los rehenes y socorros en ella estipulados, y admitida en la ciudad guarnicion romana, descansaban los sencillos habitantes tranquilos y confiados, cuando á una señal dada se arrojan sobre ellos los soldados de Lúculo, y degüellan bárbaramente á aquellos descuidados é indefensos moradores, sin perdonar edad ni sexo, dando el codicioso cónsul la última mano al horroroso cuadro con un saqueo general que ordenó, desconfiando sin duda de poder saciar de otro mo-

(1) Era hijo de Paulo Emilio, y nieto adoptivo del grande Escipion. Estábale reservada la gloria de tomar y destruir á Cartago, por lo que recibió tambien como su abuelo el sobrenombre de Africano. ¡Destino singular de aquella ciudad famosa! Un Escipion la venció y otro Escipion la borró de sobre la haz de la tierra, dejando sólo un título de gloria á los dos Escipiones.

do la sed de riquezas que le abrasaba. Aterrados los pueblos vecinos con tamaña crueldad y alevosía, abandonaron sus hogares y retiráronse á las ásperas sierras con sus mujeres y sus hijos, entregando ántes á las llamas todo lo que no pudieron llevar á sus rústicas guaridas. La fe romana podia muy bien disputar la primacia á la fe púnica.

Puesto despues sobre Intercacia, y requeridos sus moradores para que bajo ciertas condiciones se rindiesen, «no, le respondieron con dignidad: para admitir vuestras proposiciones, »sería menester que no hubiera llegado á nuestra noticia la prueba de vuestra buena fe que »acabais de dar á los de Cauca.» Largamente se prolongó el sitio de Intercacia, sin que ni ingenios ni asaltos fueran poderosos á rendirla; sitiados y sitiadores llegaron á verse en gran necesidad y penuria; y cuando ya el extremo del hambre forzó á los cercados á capitular, aviniéronse á hacerlo sólo bajo la fe de Escipion, teniendo que devorar el cónsul en silencio dos grandes mortificaciones: la una, la de no poder recoger el botin que codiciaba, y con que acaso se habia ya lisonjeado; y la otra, la del menosprecio en que su palabra era tenida, no fiándose de ella los pueblos, ni queriendo pactar con él, no obstante su investidura de jefe y de cónsul.

Allá iba el avaro Lúculo donde calculaba que habia riquezas que adquirir. Dirigióse, estimulado de este aguijon, á Pallancia (hoy Palencia), y puso cerco á la ciudad. Pero los cántabros por una parte, la caballería palentina por otra, obligaron al cónsul á levantar apresuradamente el sitio, no sin molestar su retaguardia hasta el Duero. Lúculo, pobre y avariento, desesperaba de no hallar donde satisfacer su codicia; fué asolando el país por donde pasaba y del pillaje que sus tropas ejercian, y á que las excitaba él mismo, se hacia aplicar á sí la parte más pingüe. Hizo execrable su nombre, y entre las maldiciones de los pueblos, prosiguió su correría hasta la Turdetania (151).

Con no ménos monstruosa crueldad y con no menor perfidia se estaba conduciendo el pretor Galba en la region lusitana.

CAPITULO XX

Viriato (desde 150 ántes de J. C. á 140).—Quién era Viriato.—Lo que le movió á salir á campaña.—Eligenle por jefe los lusitanos.—Burla al pretor Vetilio.—Primer ardid de la guerra.—Derrota y muerte del pretor.—Otros triunfos de Viriato.—Condúcese ya con la prudencia de un consumado general.—Vence á otros dos pretores.—El cónsul Fabio Máximo Emiliano.—Vicisitudes de la guerra.—El cónsul Metelo.—El cónsul Serviliano.—Singular táctica de Viriato.—Ofrece la paz al cónsul cuando le tenía vencido.—Paz entre Roma y Viriato.—El cónsul Cepion.—Escandalosa violacion del tratado y renovacion de la guerra.—Muere Viriato traidoramente asesinado.—Carácter y virtudes de este héroe.—Sométense los lusitanos.

Uno de los héroes que gozan de justo renombre en la historia hispana, es el que vamos á historiar en este capítulo.

Entre los pocos lusitanos que habian logrado escapar de la matanza villanamente ordenada por el pretor Galba, hallábase un hombre de complexion recia, de corazon grande y de un alma tan elevada cuanto era su condicion humilde, porque habia sido pastor de oficio. Este hombre se llamaba Viriato.

Habíanse derramado por el país él y los demas que milagrosamente salvaron la vida, pregonando la infame traicion de que habian sido víctimas tantos millares de compañeros suyos, y excitando á un levantamiento general para tomar venganza, no ya del pretor aleve que pronto se marchó á Roma, sino de la aborrecida tiranía romana. Sus acentos hallaron eco en el país, y no tardaron en reunirse hasta diez mil lusitanos, poseidos todos del mismo espíritu de indignacion; todos ansiosos de vengar tamaño ultraje. Nombraron jefe y caudillo suyo á aquel Viriato, sin duda por ser entre ellos conocidos ya su valor y su capacidad para grandes cosas. Pronto mostraron los sucesos que habia recaído la eleccion de aquellas gentes en quien era digno de mandarlas.

Así sucedió, en efecto, y apenas se encargó del mando y reclutó alguna gente, hizo Viriato

to una irrupcion en la Turdetania hácia el estrecho de Cádiz, donde el Vetilio, pretorque habia sucedido á Galba, le obligó á entretenerse por algun tiempo en lugares ásperos y frágosos. Como el hambre llegase á apretar ya á sus soldados, comenzaron algunos de ellos á mover pláticas de paz. Entendido que fué por Viriato, recordóles con energia la abominable conducta de Galba, la mala fe de los romanos, que tantas veces habian experimentado lo poco que habia que fiar de sus palabras, y que entregarse á ellos era entregar las gargantas al cuchillo; que si querian seguirle y ejecutar lo que les mandara, él sabria sacarlos del peligro á salvo y con la honra que á hombres tan esforzados correspondia. Reanimó á todos este discurso, sintiéronse inflamados de ardor hasta los más pusilánimes, y todos á una voz juraron ejecutar sus disposiciones. Satisfecho Viriato de tan buena resolución, púsolos en orden de batalla, previniéndoles que cuando le vierañ montar á caballo, se desbandáran á un tiempo y por diferentes caminos que les señaló fueran á reunirse en Tríbola. Hiciéronlo así, y sorprendido el pretor con tan extraña manioobra, no sabia qué hacer ni á qué resolverse. Últimamente determinó perseguir á Viriato y á los jinetes que le acompañaban; pero el astuto lusitano, fingiendo por un momento hacer rostro al ene-